

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



MARY MILES MINTER

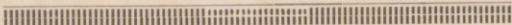
CUADERNO Nº 52

35 Cts.

EL PRÓXIMO CUADERNO

GEORGES CARPENTIER


EL ÍDOLO DE FRANCIA : SU EMINENTE
ACTUACIÓN EN LA PANTALLA : SUS
CREACIONES : EL CÉLEBRE CAMPEÓN
DE BOXEO : EL ARTE DEL PUGIL



EN PREPARACIÓN

ALICE BRADY : FRANCIS FORD (Conde Hugo)
CLARA KIMBALL Y. : E. LINCOLN

ESTRELLAS DEL LIENZO



Magnífica colección de postales de artistas cinematográficos

Serie A: FRANCESCA BERTINI, WALLACE REID, BILLIE BURKE,
TOM MOORE, RUTH CLIFORD. — Serie B.: EDDIE POLO, VIVIAN
MARTIN, THOMAS MEIGHAN, ELSIE FERGUSON, WILLIAM S. HART

Precio : 20 cénts. cada una y 90 cénts. la serie.

Los encargos de fuera Barcelona los serviremos, previo el envío de su importe por Giro postal o sellos de correo, mediante un aumento de 5 céntimos por cada remesa.
Certificados, 35 céntimos.

Depósitos para la venta : Bruch, 3, Barcelona ; Pretil de los Consejos, 3, Madrid,
y en todas las principales Papelerías y Librerías de España.

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

MARY MILES MINTER

POR

MICROMEGAS

**MARY MILES MINTER,
LA RIVAL DE MARY PICK-
FORD .. BREVES LINEAS
ALREDEDOR DE SU ARTE**



Nos hallamos frente a una de estas damitas que triunfan en el cinematógrafo por su gracia espontánea e infantil.

Es para nosotros muy grato hablar de estas artistas que sólo se dan en el arte mudo, y que llevan hasta los espectadores ráfagas ardientes de alegría y juventud. Jamás hemos visto en el teatro mujeres como éstas, que sepan alejarse tan totalmente de su vivir complicado y refinado, que sepan darnos con su arte una sensación tan viva de infantilidad.

En el teatro, los gestos, los ademanes, los movimientos de todas las damitas jóvenes, aún de las mejores, nos parecen afectados, desprovistos de esa ingenuidad pasmosa que ponen en sus creaciones las damitas jóvenes del cine. Nos parecen movimientos de una mujer que se ha vestido de niña, pero que no

ha sabido identificarse con la ropa. Y son tan forzados sus ademanes que quieren ser ingenuos, que producen en nosotros una sensación de molestia.

Hemos dicho mal al afirmar que esta doble personalidad es característica de las artistas de cinematógrafo. Conocemos a muchas actrices del arte mudo que, desgraciadamente, poseen análogos defectos que las artistas de teatro a que nos referimos. Sobre todo, en las italianas y en algunas francesas encontramos esta falta de asimilación.

Por eso, en vez de clasificar la propiedad de las artistas en dos grupos — las del teatro y las de cine — debemos clasificarlas en artistas latinas y artistas sajonas.

Las artistas latinas no logran convencernos más que en los papeles dramáticos, fuertemente dramáticos, en tanto que las artistas sajonas nos encantan en sus papeles de niña con esa gracia alada y sutil, que es su característica.

¿Queréis mayores prodigios de infantilidad que los que a menudo realizan Mary Pickford y Margarita Clark? Las dos son mujeres casadas, las dos han vivido mucho, las dos han sentido sobre su alma los dolores y las alegrías que guarda la vida para todos los mortales.

Y, sin embargo, al presentarse en la pantalla, es tan sencillo, tan ingenuo su gesto, que, a no conocerlas, creeríamos que, en efecto, estábamos viendo trabajar a dos niñas precoces.

Tales son los casos de Bessie Love, de Lila Lee, de Margarita Fisher, de la personalísima Mabel Normand, de Mary Miles y de tantas otras artistas cinematográficas de Yanquilandia, cuyos nombres, de sobra conocidos, no acuden en este momento a nuestra memoria.

Mary Miles Miner, conocida en los Estados Unidos por el sobrenombre glorioso de la «segunda Mary Pickford», se caracteriza por su labor en este género difícil, extraordinariamente difícil para las mujeres latinas, pero, al parecer, de una facilidad asombrosa para las artistas norteamericanas, ya que no se adivina en ellas esfuerzo alguna para dar vida a esos roles infantiles, cuyo mayor encanto estriba en la naturalidad.

Merced a su gracia fina y a su ingenuidad de colegiala, Mary Miles ha logrado, en poco tiempo, escalar las altas cimas del cinematógrafo, y su nombre se cotiza hoy a gran precio en el mercado de las películas.

Más adelante, al ir desarrollando sobre las cuartillas la vida de esta mujer de recia personalidad artística, señalaremos sus más notables producciones.

Por lo pronto, bástenos decir que su labor es muy conocida entre nosotros, pues desde hace poco tiempo a esta parte las películas de la Miles se proyectan con frecuencia en nuestros locales cinematográficos.

UN ARTICULO DE LA ARTISTA FAVORITA. «CÓMO LLEGUÉ A SER ESTRELLA» :: :: :: :: :: ::

Además de actriz ingenua de positivos méritos, Mary Miles Minter es una escritora insprada, que a menudo honra con sus escritos las páginas de las revistas de Nueva York y de Los Angeles. Para solaz de nuestros lectores reproducimos uno de sus artículos en que la gentil escritora nos habla, con su sencillez característica, de cosas íntimas de su vida y de su arte.

He aquí el artículo a que nos referimos, titulado «Cómo llegué a ser estrella»:

«Tenía yo diez años cuando asistí por primera vez a una sesión de cinematógrafo.

A pesar de tener solamente diez años, era yo bastante conocida como actriz infantil.

Es que yo desciendo de una familia de artistas. Mi madre, la artriz Miss Shelby, fué una artista muy popular en el teatro de los Estados Unidos, y como no tenía con quien dejarme en casa, me llevaba con ella todas las noches al teatro.

Un día, el director de escena se fijó en mí y le dijo a mi madre:

— Esto es lo que yo necesito... Un par de ojos azules y una cabellera dorada.

Se retiró al despacho con mi madre, y al cabo de pocos días debuté en el teatro hablado interpretando un papelito sin importancia en la obra «Cameo Kirby».

No tenía por entonces más que cuatro años de edad, y por lo tanto era enorme mi orgullo al verme transformada de repente en toda una señora actriz.

Me juzgaba ya a mí misma un ser extraordinario. En verdad de una parte de este orgullo, tenía la culpa el público, porque se interesaba por mí y me aplaudía a rabiarse todas las noches.

Desde entonces tuve varias oportunidades de trabajar en otras obras, obteniendo algunos éxitos, sobre todo en el melodrama «La cabaña del tío Tom».

Por aquella época, los que me conocían me habían puesto el sobrenombre de «la pequeña Eva Ideal».

A los diez años me hice directora de una compañía y estrenamos con éxito «El pequeño rebelde».

Fué por este tiempo cuando ví por primera vez una película, y aunque me agradó aquel espectáculo, no me pasó todav'a por la imaginación el que yo pudiese un día trabajar para la pantalla.

Debí esta resolución a William Farnum.

Un día vi una película interpretada por él y quedé admirada. Al llegar a mi casa dije a mi madre que tenía el más decidido propósito de entrar a trabajar para el cinematógrafo.

Mi madre, como la mayoría de las artistas teatrales de aquella época, tenía una profunda antipatía por el arte mudo y, por este motivo, mi idea fué muy mal recibida.

En aquel tiempo eran muy contados los actores de renombre que se «rebajaban» a posar para las películas, no faltando tampoco quien, entre bastidores, augurase un fin próximo al arte del écran.

Los años, felizmente, demostraron lo contrario.

Pero yo no era una chiquilla que abandonase mis proyectos una vez concebidos, y tanto hablé y tantas razones aduje, que al fin mi madre se dejó convencer por la fuerza de mis argumentos.

Y fué así, que no tardé en presentarme en un film, titulado «The Fairy and the Warf».

Es claro que en cuanto se estrenó esta película, yo corrí a verla. Pero, ¡qué desilusión la mía! Cuantos errores de interpretación me corregí mentalmente, cuando ya no había remedio!

Debo a aquella primera impresión un gran bien moral, pues la constatación de mis propios errores me sirvió para curar la vanidad que los éxitos teatrales habían hecho nacer en mi cabeza de niña.

Sin embargo, el film no era de los peores para aquella época, y bien pronto vi con la sorpresa consiguiente que los «reclamis-tas» de la manufactura empezaban a hacer una propaganda formidable alrededor de la figura de la nueva estrella Mary Miles Minter, nombre que adopté como seudónimo, en vez del mío propio de Juliet Shelby, que ya había popularizado bastante en el teatro.

No tardé en ser lo bastante conocida en el gremio cinematográfico para que lloviesen sobre mí proposiciones de contratos, y cuando firmé el compromiso con la American Film, mi éxito ya estaba garantizado.

Fué grande mi trabajo en esa gloriosa marca, y allí interpreté mis mejores películas, consiguiendo alcanzar en el espíritu del público un prestigio que mucho me enorgullecía.

Entonces comprendí que mi vida de artista de film era muy superior a mi vida de artista del teatro.

La American dejó un día de producir.

Mr. Zukor me ofreció entonces un ventajoso contrato para la Realart, en cuya manufactura trabajo actualmente.

Fué un contrato que dió mucho que hablar, pues en una de sus



Mary Miles Minter

Caricatura de Stres

cláusulas establece que yo no puedo casarme dentro del plazo de su duración.

La prohibición, por tanto, es por tres años.

Mi empresario sostiene que las artistas pierden mucho de su personalidad cuando se casan.

Lo que sucede es que a mí no me importa semejante prohibición, porque a pesar de las infinitas cartas que recibo de admiradores desconocidos que me ofrecen su amor, no deseo abandonar la escena por el matrimonio ni me agradaría casarme y seguir siendo actriz.

Es una resolución muy meditada, pues estoy convencidísima de que el matrimonio para las actrices es un peligro.

Casarse sólo por el gusto de tener un marido no me parece que sea de las cosas más acertadas.

El matrimonio, a mi ver, significa tener un hogar, y las ocupaciones y obligaciones de la actriz cinematográfica son demasiadas grandes para poderse dar el lujo de vivir la vida de familia.

Por otro lado, abandonar mi trabajo, que es la dulce ilusión de toda mi vida, por un hombre, tampoco me seduce, porque eso significa anular todas las facultades que poseemos para un arte o una profesión determinada.

Seguramente algunos de los que me leen pensarán que resulta un poco audaz afirmar «de esta agua no beberé». No seré yo quien se proponga desmentir a los proverbios... Tal vez un día el amor llame a las puertas de mi corazón y yo no lo rechace, pero ahora, en las condiciones en que me encuentro, tengo que hablar forzosamente como lo hago...

Adoro las flores y los niños, inmensamente, y cuando llega Navidad, hago venir a mi casa a todos los hijos pequeños del vecindario y con ellos paso una velada deliciosa.

Algunas admiradoras me preguntan qué deben hacer para alcanzar el renombre que yo tengo, dejándome perpleja con la pregunta, porque no sé explicarme yo misma lo que tuve que hacer para llegar a ser estrella.

Yo, como tantas otras, llegué a ser estrella... porque sí. Nosotras mismas lo ignoramos.

Es verdad que el camino es difícil y que es preciso estudiar mucho. Pero también, en ocasiones, las que más estudian, son las primeras en quedar encalladas en el camino.

Para ser estrella es necesario, ante todo, nacer con suerte. Y la única explicación que se me ocurre ahora, aunque esto parezca un poco de autobombo, es decir que se necesitan ciertas cualidades..."



**SEGUIMOS, PASO A PASO,
LA VIDA SENCILLA, CASI
INFANTIL, DE MARY MI-
LES MINTER : : : : : :**

Después del artículo publicado, en que la misma estrella nos boceta a grandes rasgos su vida, vamos a seguir esta vida simpática paso a paso, desde su nacimiento hasta su entrada en el cinematógrafo.

Juliet Shelby, conocida en el mundo de la pantalla con el sobrenombre de Mary Miles Minter, nació en Sheveport, La, el día primero de abril de 1902.

Desde su nacimiento respiró Mary la atmósfera encantada del teatro, esa atmósfera atrayente, a cuyo influjo no pueden sustraerse los que viven durante algún tiempo entre bastidores.

Como ella misma dice, hija de actores, obligada a seguir a sus padres en todas las tournées que emprendían, su educación no estuvo muy cuidada durante su infancia. No pudo, como la mayoría de las artistas cinematográficas, pasar su niñez en un colegio más o menos aristocrático, rozándose con las hijas de los multimillonarios neyorquinos. Pero esto no quiere decir que su educación fuese descuidada.

Por el contrario. Su madre le proporcionó profesores particulares que acudían a darle lecciones a su casa o a las fondas en que se hallaban durante sus *tournées*. Estos profesores fueron puliendo su espíritu, moldeando su alma y haciendo de ella una joven culta, mucho más culta que si se hubiese educado entre los muros de un colegio.

A la edad de cinco años se presentó Mary en escena, interpretando un papellito infantil en la obra «Cameo Kirby». La compañía de Nat Goodwin atravesaba por aquel entonces una época crítica en la ciudad de Sacramento. Todas las obras que se presentaban al público fracasaban; no con un fracaso ruidoso, sino sencillamente, por frialdad, por indiferencia el público.

Cada día que transcurría eran menos los espectadores que acudían al teatro.

En esta situación se le ocurrió a Goodwin poner en escena la comedia «Cameo Kirby». Faltaba una niña un poco lista, que recitase unos cuantos párrafos sentimentales en un papellito sin importancia. La madre de Juliet Shelby ofreció a su hija para este papel, y su concurso fué aceptado.

Aquella noche, los contados espectadores que vieron trabajar a la actriz en miniatura, quedaron encantados. El hielo se había roto, y Mary Miles Minter había sido la salvadora de la compañía.

A la noche siguiente, el teatro estaba lleno de público hasta el tejado, y la diminuta artista obtuvo un éxito definitivo, uno de esos éxitos que no se repiten jamás.

Y durante muchas noches «Cameo Kirby» se vió en los carteles de la compañía, en los cuales destacaba también en letras grandes el nombre de la niña de cinco años Juliet Shelby, sobresaliendo por encima de los otros nombres de actores prestigiosos y encanecidos en los escenarios.

Hubo sus protestas entre bastidores, a raíz de este pequeño atentado al arte, pero al fin todos reconocieron que ella y sólo ella había hecho acudir la gente al teatro, y, que, por lo tanto, lógico era que su nombre figurase en primera fila, para orgullo de su madre.

El éxito de la pequeña Juliet no se quedó reducido a su estancia en Sacramento, sino que traspasó las fronteras y llegó a San Francisco de California, cuando aún la compañía continuaba explotando la obra en la primera ciudad.

Un empresario de San Francisco vió un buen negocio a realizar, y contrató inmediatamente a la compañía en excelentes condiciones, pero haciendo constar en el contrato, eso sí, que la pequeña artista debía figurar en lugar preferente en los carteles que se hiciesen con la lista del elenco.

Y he ahí como, en una ciudad de la importancia de San Francisco, una niña de cinco años se colocaba a mayor altura que Nat Goodwin, el actor que se había hecho popular en los Estados Unidos, y cuando el viento de la suerte le soplabla de cara triunfabla rotundamente en los teatros de Nueva York.

Pero los celos de entre bastidores son terribles. Y este abuso de propaganda en beneficio de Juliet Shelby, fué la causa de que se desataran.

Como nada podían hacer contra la niña, todos los cómicos unidos en esto como una sola y recia personalidad, se colocaron en frente de la madre, obligándola a abandonar la compañía, para no aguantar constantemente humillaciones y desprecios.

Esta actitud hostil les perjudicaba a ellos mismos, como se vió bien pronto en la misma ciudad de San Francisco, donde al poner en escena el melodrama «La cabaña de Tom», que el público estaba acostumbrado a ver interpretar a la linda Mary, y salir otra niña en su lugar, este público exteriorizó en forma un poco violenta una manifestación de desagrado.

Pero ya no había remedio para el mal hecho. La madre de Mary había encontrado refugio en la compañía que dirigía Dustin Farnum, y al cabo de pocos días, en la misma ciudad de San



Mary Miles Minter y sus creaciones

LAS GRANDES ESTRELLAS DE LA CINEMATOGRAFÍA



MARY MILES MINTER



Mary Miles Minter y sus creaciones

Francisco, Juliet Shelby se presentaba de nuevo a aquel público cariñoso en la obra «El esposo de una India», en la que había también un papelito adecuado a sus aptitudes.

Excusado es decir que el público abandonó el teatro donde trabajaba Nat Goodwin con sus huestes, para pasar a este otro que capitaneaba Dustin Farnum.

Así, en esta guerra cruenta entre las dos compañías, transcurrieron varias semanas, hasta que por último Nat Goodwin se vió obligado a abandonar el campo, retirándose con su compañía hacia otras tierras donde no hubiesen niñas de cinco años que supiesen acaparar con su gracia infantil el favor del público.

Poco tiempo después se disolvía la compañía de Dustin Farnum, y la madre y la hija pasaron a engrosar el elenco de la de Robert Hilliard, que se preparaba a una *tournee* por el Sur.

Después de terminar su contato con esa compañía, aceptaron otro para trabajar con Mistress Fiske, en las poblaciones del Estado de Illinois, y más tarde, con Madame Bertha Kalich traspasaron la frontera, yendo a llevar su arte a las regiones frías del Canadá.

UN NUEVO ÉXITO DE LA
ESTRELLA: «LA DIMINUTA
TA REBELDE» : : : : :

Cuando Juliet Shelby regresó del Canadá y empezó a frecuentar en compañía de su madre los centros teatrales de la ciudad de los rascacielos, se encontró un día con Dustin Farnum.

Dustin Farnum había regresado también de la campaña por tierras del Oeste, y en unión de su hermano William —que por entonces repartía su tiempo entre el teatro y el cinematógrafo— formaba una compañía que trabajaría en uno de los principales teatros de Nueva York.

La madre y la hija fueron contratadas inmediatamente por los hermanos Farnum, y aprovechando las excelentes cualidades de Juliet para captarse las simpatías del público, todas las noches se cerraba el espectáculo teatral en que tomaban parte los dos populares actores con un entremés titulado «La diminuta rebelde», en el que la niña tenía ancho campo para correr en busca del éxito, pues no se trataba de interpretar un papelito insignificante en un drama o en una comedia, sino que era el rol de protagonista al que Juliet había de dar vida.

Y el éxito no se hio esperar. La misma noche que se estrenó «La diminuta rebelde», el público enardecido por la gracia sin par de aquella criatura, la aclamó a la terminación de cada parlamento, la hizo objeto de entusiastas manifestaciones cuando la actriz en miniatura hacia uno de esos mutis magistrales, que envidiaría una artista consumada.

Fué una verdadera locura aquel entusiasmo por la pequeña Shelby. Todas las noches se llenaba el teatro donde trabajaba la compañía de Dustin y William Farnum, y todo Nueva York desfilaba por aquella sala a rendir un tributo de cariño y de admiración a la niña precoz.

Tanto fué el *succés* alcanzado, que los hermanos Farnum viendo en la explotación del trabajo de Juliet una mina inagotable, pensaron, muy cuerdamente, transformar el entremés en un drama de altos vuelos, en el que los dos actores pudiesen trabajar.

Así lo hicieron, y bien pronto con el drama en cuestión — que conservaba el título de «La pequeña rebelde» — como atracción principal, emprendió la compañía una *tournee*, que dió resultados magníficos, tanto en el orden pecuniario como en el orden artístico.

Y transcurrieron de este modo varios años, en los cuales el nombre de Juliet Shelby se hizo enormemente popular.

A la edad de quince años, nuestra artista, sintiendo dentro de sí el germen de anhelos de independendencia, se separó de la compañía Farnum y formó su propia compañía infantil, patrocinada y dirigida por su madre.

Con esta compañía recorrió infinidad de ciudades y poblaciones de los Estados Unidos, hasta que en Chicago surgió un obstáculo que le obligó a cambiar su verdadero nombre.

La Comisión de Labor Infantil prohibía que en los escenarios de aquella ciudad trabajasen criaturas menores de dieciséis años.

Entonces, para resolver el conflicto, Juliet Selby adoptó el nombre de una prima suya, fallecida hacía poco tiempo, y que por aquella fecha contaría un poco más de la edad prescripta. Y se llamó desde entonces Mary Miles Minter.



**UNA ENTREVISTA CON MARY
MILES : «MARKS», EL CO-
RESPONSAL EN LOS AN-
GELES DE «CINE UNIVER-
SAL» NOS HABLA DE LA
:: :: ARTISTA :: ::**

Más de lo que nosotros podríamos decir sobre la personalidad de Mary Miles Minter como artista cinematográfica, nos lo dirá ella misma en una entrevista celebrada recientemente con «Marks», el corresponsal en Los Angeles de la revista *Cine Universal*, de Buenos Aires, en la cual la famosa artista le hace sus confesiones.

En esta entrevista encontrará el lector algunas manifestaciones idénticas a las que nosotros hemos ya expuesto, pero son tan breves, que no merece la pena mutilar por una repetición el encanto suave de esta entrevista íntima.

«Cuando fui llevado a presencia de la hechicera Mary, sabía ya que muchos la denominan «princesa»; y aún cuando habíamos disfrutado de su particularísimo encanto al contemplarla en la pantalla, nos parecía que los admiradores y los revisteros exageraban impulsados por el afán de adjetivar halagüeñamente para la donosa estrella.

Llegamos a su residencia particular, en Santa Bárbara, uno de los distritos más lindos de California donde el sol y el aire parecen combinarse para dar mayor realce al colorido y mayor poesía al paisaje.

Y desde que contemplamos aquel verdadero palacio de la inocencia, sentímonos inclinados a conceder nuestro otorgamiento al que antes nos pareció exagerado título.

Mary salió a recibirme con aspecto al par sencillo y risueño.

Vestía una bata de muselina blanca, que a contraluz permitía a mis ojos percatar la delicada sinuosidad de esa mujercita en capullo, cuyos diez y ocho años tienen toda la frescura de un botón de rosa en incipiente eclosión, bajo la aureola dorada de sus prodigiosos bucles, cantados por los poetas.

Los ojos de Mary (quién no los conoce y los admira) son rasgados azules como el cielo de Luisiana — su país natural, pues ella nació en Sheveport — y de una expresión que está lejos de haber perdido su infantilidad.

El corte de la fisonomía es perfecto, lo mismo que el encaje del busto.

Podría servir de modelo a un escultor para producir la estatua de la Primavera.

La estatura es mediana (cinco pies y dos pulgadas) y la complexión muy fina.

Después de las corrientes frases de cortesía hilvané mi reportaje.

A la verdad, yo no sabía cómo empezar; a tal punto me paralizaba el encanto de que estaba paseído.

— ¿Qué opina usted, Mary — le pregunté — del parecido que le atribuyen con Mary Pickford?

— No lo encuentro por ninguna parte — respondió sonriendo.

— Yo tampoco. Sobre todo, tienen ustedes distinta manera habitual de expresión fisionómica. La mirada de usted es más inocente...

— ¿La mirada nada más?

No supe que responder y me deslicé al sesgo.

— Pues... andan por ahí diciendo que Adolph Zukor pretende lanzarla a usted en reemplazo de Mary Pickford.

— Es aventurado.

— ¿Acaso no se estima usted tan identificada con su arte como ella? ¿Acaso ambas no han comenzado la carrera desde la infancia?

— En efecto. Si se toma usted el asunto así, vamos bien. Porque soy, como Mary, artista desde la niñez.

— ¿A qué artistas acompañaba usted?

— ¡Uf! ¡A tantos! A Nat Goodwin, a Robert Hilliard, a la señora Fiske, a Bertha Kalich, a Dustin y a William Farnum.

— ¿Recuerda usted «La pequeña rebelde»?

— ¡Cómo no he de recordarla, si durante cuatro años anduve de jira representando este rol!

— ¿Cuál fué la primera compañía productora cinematográfica que la contrató a usted?

— La American. Después entré en la Mutual.

— «Los ojos de Julia Deep» ¿a cuál de ambas marcas pertenecía?

— A la Mutual.

— ¿Y ahora?

— Estoy con la Realart.

— ¿Es cierto que esta marca se ha gastado una fortuna en anuncios de usted?

— Es cierto; los avisos luminosos que ha puesto en Broadway son los más costosos de su género.

— ¿Y qué hay del millón?

— ¿Qué millón?...

— El de su contrata...

Mary sonrió misteriosamente.



Mary Miles Minter

— No está autorizada para responder — adujo, ruborizándose un poco.

Comprendí que ella se ponía en guardia contra mi impertinencia.

Tuve un principio de intención de cortar ahí. ¡Estaba tan linda, y me causaba tanta pena mortificarla!... Pero, mi rol valía el suyo. Y era preciso desempeñarlo a conciencia.

— Vea, Mary — la dije, con toda la posible melifluidad; — yo espero de usted una confidencia...

Hice una pausa, mirando fijamente sus entornados ojos, que concluyeron esquivando los míos.

— ¿Es cierto — añadí — que esa contrata incluye la condición de que usted no se case en el término de los tres años de plazo estipulados?

Nuevo silencio.

Comprendí que Mary no me respondería jamás. Y me dí por derrotado.

Cambié de tema.

— ¿Qué ha filmado usted últimamente, Mary?...

Volvió a iluminarse la fisonomía de la donosa rubia; y me respondió:

— «Anne of Green Gables».

Para uso de mis lectores — y a pesar de que al remitir las películas a Sud América les cambian los títulos — diré que ello significa literalmente, «Ana la del Verde Alero».

— ¿Dónde se filmó? — insistí, para obtener otra confidencia.

— En el antiguo Estudio de la Famous Players, en la calle 56.

— El de la tradición...

— Sí, de la tradición, según la cual trae fortuna iniciar ahí los trabajos de una nueva contrata. Y como quieren que todo resulte lo mejor posible...

— ¿Y usted?...

— ¿Yo? ¡Muy feliz! Pero...

Vaciló.

— ¿Pero qué, Mary?

— Agobiada por el peso de mi responsabilidad.

— Usted siempre fué feliz en sus obras, Mary.

— No crea. Confieso lo contrario...

— ¿Por qué?

— Porque mi arte es verista. Y si la obra no me abre ese campo, yo no me desenvuelvo bien...

— ¿Y ahora?...

— Ahora, creo que va a ser al contrario... ¡Me llevan a la vida real!

Hubo un lampo de alegría en los glaucos ojos de la niña maravillosa. Tanta era la sinceridad y la belleza de su expresión,

que me sentí poseído de íntimo embeleso. Pude, en efecto, percatar la verdad de esa Mary Miles Minter que tanto nos engolosina en la lámina argentada.

Se me ocurrió, antes de despedirme agradeciendo a Mary su gentileza, hacerle una nueva pregunta:

— ¿Ha sido Vd., alguna vez artista de vaudeville, Mary?

— Sí — me respondió: — con argumento de la guerra civil.

— ¡Pero usted me habla de «La pequeña rebelde»!

— ¡Naturalmente! — Y soltó la carcajada.

— Siendo así — la insinué — opto por alejarme. Veo que voy a recomenzar.

— La vida es un gran círculo, amigo mío — dijo ella, filosóficamente. — Lo único que no recomienza es la juventud.»

**MARY NOS HABLA DE SU
AMOR POR LA CIUDAD
: : DE LOS ANGELES : :**

Para terminar este librito, vamos a publicar otro artículo de Mary Miles Minter, en que la popular estrella hace un elogio de la ciudad de Los Ángeles.

Fué escrito este artículo cuando la artista, obligada por exigencias de trabajo, se vió en la necesidad de abandonar el torbellino de Nueva York para trasladarse a la capital cinematográfica.

Y como vemos en estas líneas un boceto que pone de relieve la sencillez del alma de Mary, no podemos resistir a la tentación de publicarlas, para cerrar este cuaderno en el que hemos procurado recoger los rasgos más salientes de Mary en los diversos aspectos de su vida.

Ahí van, pues, estas líneas amables y sinceras:

«Al partir hacia los Angeles, algunos amigos con tono de piedad dijéronme: «¡Qué pena, tener que marcharse a Los Angeles!». Nuestras amistades nos despidieron ni más ni menos que si marcháramos al destierro.

Sin embargo, en honor a la verdad, debo decir que si adoro a Nueva York, Boston y Filadelfia, me encuentro perfectamente y siento un vivo cariño por la ciudad de los Angeles. Y si Nueva York y Boston son ciudades encantadoras, por sus elegantísimas mujeres y sus divinos atractivos, lo que todas las mujeres tenemos en gran estima, por cuanto gustamos de diversiones y de lindos vestidos, Los Angeles posee los más encantadores panoramas y su clima es muy saludable.

Es bien sabido que el trabajo del cine es verdaderamente agotante y que, por tanto, a cuantos lo ejecutamos nos precisan descanso y distracciones; en esto, la ciudad de Los Ángeles se lleva la palma.

En Nueva York, por ejemplo, cuando quería jugar un partido de golf, empleaba medio día en llegar a los terrenos del Club, y muchas veces no podía jugar por estar ocupados todos los campos. En Los Ángeles no ocurre tal cosa; a las cuatro cese de trabajar, y diez minutos después ya estoy jugando, pudiendo, si así se me antoja, seguir jugando hasta el anochecer.

Además, una de mis diversiones favoritas es el montar a caballo; y que pueda galopar a mi antojo, lo que de ningún modo podía hacer en Nueva York. Cuando vivíamos en aquella ciudad, a causa de las frecuentes lluvias estivales, en muy contadas ocasiones podía salir en automóvil; aquí, en cambio, como las condiciones climatológicas son inmejorables, realizo, acompañada de mi mamá y de mi hermana Margarita, numerosas excursiones.

¿Y qué decir de los muñecos? En ninguna ciudad del mundo las hay en mayor variedad. Aquí se ven lindos japositos con los ojos oblicuos, chinitos en brazos de sus mamás, mejicanitos y otros lindos muñecos que yo jamás vi en parte alguna.

Estoy asimismo encantada de los habitantes de esta ciudad, y he contraído en ella amistades que considero en mucho.

Por lo que se refiere a mi arte debo decir que la vida de los artistas cinematográficos de Los Ángeles tiene matices verdaderamente encantadores. Cuantos colaboran en el arte mudo tienen aquí su cenáculo y viven en un ambiente de exquisitas originalidades, y esto ¿por qué no decirlo?, es algo que atrae irresistiblemente, pues como siento verdadera idolatría por mi arte, admiro cuanto tiendo a presentarnos ante los ojos del mundo en la más admirable confraternidad, en un ambiente un tanto exótico como cumple a los ideales del verdadero bohemio que en todo momento procura dar la nota exclusiva que encanta.

Todo esto, claro está, en modo alguno puede ser interpretado como que no sienta vivos deseos de regresar a Nueva York, a sumirme en su vida de diversiones...».

MICROMEGAS

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual,	España y Portugal: 18 ptas.	- Extranjero: 25 ptas.
• semestral	• 9	• 12'50
• trimestral	• 4'50	• 6'25

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZÓN

Perla y Elena. — Madrid. — El protagonista de «Jack, Corazón de León», se llama Jack Oxie. Sin duda que las publicaremos.

Fermin Cortés. — Zaragoza. — Si William S. Hart sabe leer? Ahora estudia el «Juanito». Aguarde un poco en escribirle. Le recomendamos la lectura de su biografía que hemos publicado en cuadernos anteriores. Su dirección es: Bates and Elfie Streets, Hollywood; California, (U. S. of A.). Le resulta peliagudo? Pues más sencillo: Famous Players, Lasky Corp. New-York.

Teresa. — Logroño. — Gracias por sus felicitaciones. Acepte así mismo las nuestras por sus conceptos claros y precisos que le merecen algunos notables actores de la pantalla que también son nuestros preferidos. Efectivamente, Dora es hermana de la Jacobini. Las biografías que indica se publicarán oportunamente. Perdona la tardanza en contestarle. Escriba más y dénos opiniones. Coincidimos en absoluto con su criterio. Hasta otra.

E. G. — Tarrasa. — Por todo lo que se refiere a nuestras publicaciones, diríjase a alguno de los varios corresponsales que tenemos en esa ciudad y le atenderán perfectamente. Si quiere más detalles, en cualquier número de TRAS LA PANTALLA encontrará V. las condiciones en que servimos nuestros pedidos. No sabemos el nombre de los personajes de la película que menciona.

J. C. Raffles. — Madrid. — Le hemos complacido y le complaceremos nuevamente muy en breve.

Francisco Viejo. — Orense. — Sentimos manifestarle que hace ya bastante tiempo llevamos agotados todos los argumentos de películas.

M. Andrés. — Olot. — Ya lo creo que hay bastante! No hay que olvidar el espacio para los otros, amigo. No tenemos anotada la dirección de G. B. Seitz, como tampoco la de Musidora. George Larkin: c/o Ed. Small, 1493, Broadway, New-York (City) U. S. A. Ruth Roland: Pathé Exchange Inc, 25, West 45 th. St. New-York. Hemos agotado los argumentos. Tenemos en cartera la biografía por quien pregunta. En España y en todas partes prefieren los artistas americanos. El actor que interpreta junto con Ruth Roland «La esposa desdenada» se llama Roland Bottlomey. Queda servido para un mes.



TRAS LA PANTALLA

Galería de Artistas Cinematográficos

SE VENDE EN TODA ESPAÑA, BALEARES, PORTUGAL, ÁFRICA
(POSESIONES ESPAÑOLAS) Y EN EL NORTE Y SUR DE AMÉRICA

Cuadernos publicados

De venta en esta Admón.: Bruch, 3 - Barcelona, y en
casa nuestros agentes exclusivos al precio de 35 cént.

N.º 1 Francesca Bertini, 3.ª edición.—N.º 2 Ch. Chaplin (Charlot), 3.ª edición.—
N.º 3 Douglas Fairbanks, 2.ª edición.—N.º 4 Mary Pickford, 2.ª edición.—
N.º 5 Charles Ray.—N.º 6 William Duncan, 2.ª edición.—N.º 7 Pearl White,
2.ª edición.—N.º 8 Gustavo Serena.—N.º 9 Pina Menichelli.—N.º 10 Max
Linder.—N.º 11 Margarita Clark.—N.º 12 Eddie Polo.—N.º 13 Maria Wal-
camp.—N.º 14 Wallace Reid.—N.º 15 René Cresté.—N.º 16 Hesperia.—
N.º 17 Roscoe Arbuckle (Fatty).—N.º 18 Mabel Normand.—N.º 19 William S.
Hart.—N.º 20 Juanita Hansen.—N.º 21 Sessue Hayakawa.—N.º 22 Dorothy
Dalton.—N.º 23 George Walsh.—N.º 24 Susana Grandais.—N.º 25 Tom Moore.
—N.º 26 Norma Talmadge.—N.º 27 Harry Houdini.—N.º 28 Paulina Frederick.
—N.º 29 Harold Lloyd.—N.º 30 William Farnum.—N.º 31 Madge Kennedy

La colección ricamente encuadernada de este primer volumen: 12'50 pts.

- N.º 32 Antonio Moreno
- » 33 Huguette Duflos
- » 34 Leon Mathot
- » 35 Henny Porten
- » 36 Tom Mix
- » 37 Carol Holloway
- » 38 Tullio Carminati
- » 39 Geraldine Farrar
- » 40 Frank Mayo
- » 41 Maria Jacobini

- » 42 Harry Carey
- » 43 Ruth Roland
- » 44 Monroe Salisbury
- » 45 Grace Cunard
- » 46 Jack Pickford
- » 47 Alla Nazimova
- » 48 Ossí Oswaldla
- » 49 «Maciste»
- » 50 Priscilla Dean
- » 51 Jack Dempsey

PROXIMAMENTE:

Segunda edición de los cuadernos dedicados al famoso
atleta **EDDIE POLO** y a la eximia estrella
italiana **PINA MENICHELLI**